

# EL CONTEMPORANEO.



Madrid.—Jueves 4 de Setiembre de 1862.

PROVINCIAL.—15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona ó enviarlo directamente en letra, libranza ó sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías, ó girando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre.—Ultramar 80 rs. trimestre, y Estranjero 20 rs. al mes.

Año III.—Num. 514.

Edición de Madrid.

MADRID.—12 rs. al mes en la Redacción y demás oficinas del periódico, establecidas en la calle de Trágueros (Prado) núm. 20, entresuelo. También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 41; Cuesta calle de Carretas, número 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 23; Durán, Carrera de San Gerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte.

## MADRID.

3 DE SETIEMBRE.  
Vayan Vds. atando cabos con las siguientes noticias.

Dice *La Epoca*:  
«La enfermedad del Sr. Posada ha sido el único motivo de que el Consejo de ministros no se verifique en San Ildefonso, y tendrá lugar en Madrid tan luego como regrese el presidente y demás ministros.»

Y añade poco más abajo: «El duque de Tetuan llegará mañana á Madrid.»

Y sigue algunas líneas después: «El ministro de la Gobernación está ya restablecido.»

Dice *La Correspondencia*:  
«Hoy se ha celebrado en San Ildefonso el Consejo que teníamos anunciado, aun cuando el señor Posada no ha podido asistir á él, por hallarse todavía enfermo.»

Resultado, pues, que el tan cacareado Consejo de ministros, que no se celebraba por la enfermedad del Sr. Posada Herrera, se celebró en el instante en que este señor, ya restablecido, podía asistir á él, pero se celebró sin su asistencia, y precisamente la víspera de regresar á Madrid el conde-duque.

Tal vez dirán los ministeriales que esto nada tiene de extraño, aunque se nos figura que no ha de decir lo mismo el Sr. Posada.

Los miembros del actual gabinete se hallan tan bien avenidos, que van cogiéndose las vueltas para no tropezar unos con otros.

Parece que el Sr. Posada Herrera no está conforme con algunas medidas que se creen adoptadas en el Consejo de hoy, y seguramente por eso no asistió á él, pues de lo contrario, hallándose restablecido, como dice *La Epoca*, nada más natural que trasladarse á San Ildefonso, y encontrándose aun enfermo, como dice *La Correspondencia*, nada más lógico en el conde-duque que aguardar un poco, ya que regresa mañana.

De manera, que una de dos; ó el Sr. Posada no ha querido asistir al Consejo, ó el duque de Tetuan no ha querido que asista.

La situación va descubriendo la oreja, y los disgustos caseros del gabinete acabarán por salirle á la cara.

Pero en cambio, el telegrama que anuncia el Consejo de hoy, añade en seguida: «Ha llegado á San Ildefonso el Sr. D. Patricio de la Escosura.»

«Habrá firmado hoy S. M. únicamente el decreto de indulto por los sucesos de Loja?»

A propósito. Hemos oído asegurar que los productos que dejan al Estado las islas Filipinas no son bastantes para satisfacer la asignación de los funcionarios que tiene allí el gobierno, con cuyo motivo se habla de reducir los sueldos y aun los empleados.

Esta medida sería muy oportuna, pues no es justo que sin necesidad se grave á la Península, por favorecer particulares intereses.

Esperamos ver uno de estos días en la *Gaceta* la reducción de empleados y de sueldos en las islas Filipinas, que merecerá sin duda el aplauso del país.

Como la llegada del Sr. Escosura á San Ildefonso, coincide con el aislamiento del Sr. Posada, hay quien dice que el conde-duque quiere modificar el gabinete, entregando la cartera de Gobernación á su compañero del 56. En este caso, nada tendría de particular que llamaran para presidirlos al duque de la Victoria.

Por nuestra parte, cualquier cosa creemos del héroe de Vicálvaro, que lo mismo se liga con unos que con otros. Ahí está su historia para servir de ejemplo á las generaciones futuras.

Entre tanto, *La Correspondencia* sigue tocando el bombo á la confianza que inspira el gabinete, y dice que no se conseguirá introducir la alarma en el pueblo de Madrid, á quien consta que el orden está completamente asegurado.

Tanto les consta todo eso á las gentes de Madrid, que así que oyen un petardo, echan á correr, diciendo á voz en grito: «Ya se armó. Ya se armó.»

Figúrense Vds. si tendrán confianza y si les constará de buena tinta lo que asegura *La Correspondencia*.

Pero, en fin, á Dios gracias, el indulto para los comprometidos en Loja, que el gobierno se negó á aconsejar, según declaración del Sr. Posada, por que lo pedían las oposiciones, se dá ahora, al decir de *La Epoca*, por un acto espontáneo y de la sola iniciativa de S. M. la Reina.

En lo que toma la iniciativa el gabinete es en la cuestión de Méjico, pues se asegura que ha decidido dejar correr la bola, y cruzarse de brazos hasta aguardar el resultado.

Los acontecimientos de Italia vienen hace mucho tiempo llamando la atención de la Europa: todos los gobiernos y todos los pueblos comprenden que las grandes cuestiones que se dilucidan en una de las dos Ilesperias no interesan solo á sus habitantes, sino que sus resultados y solución definitiva han de influir de una manera notable en la marcha de los sucesos políticos, dando un giro especial á la civilización moderna, y ocasionando tal vez una de esas luchas titánicas que han servido en los pasados siglos de epílogo á un período histórico, y de punto de partida para el siguiente.

En otro tiempo, nuestra patria tenía una gran influencia en estos grandes acontecimientos, y no puede recordarse sin justo orgullo que durante los siglos xv y siguientes, las armas de Aragón y de Castilla lucharon en la península italiana con grandísima gloria, y como siempre, en pro de la causa de la civilización, que ha sido una con la del catolicismo; entonces no se había dicho todavía que el Mediterráneo era ó debía ser un lago francés, y por el contrario, las naves españolas no encontraban desde el estrecho de Gibraltar hasta el Adriático una bandera que se levantara tan alto como la que llevaba en su escudo las barras de Aragón ó los leones de Castilla.

En cambio hoy, reducidos á una impotencia que procede más de la ineptitud de nuestros gobernantes que de nuestro estado social y político, hemos asistido como espectadores á los grandes sucesos que han tenido lugar en Italia; decimos mal, hemos hecho ridículas é impotentes protestas contra los triunfos de la libertad y de la independencia de Italia, en lugar de contribuir á que alcanzase estos inestimables bienes que nosotros hemos conseguido á costa de tantos y tan costosos sacrificios, y en cuya posesión debemos creer nos tanto más seguros, cuanto mayor sea el número de naciones que de ellos gozan; por este motivo, por la comunión de origen y de porvenir que tienen ambas penínsulas, y por otras razones que hemos espuesto con extensión antes de ahora en este mismo sitio, debimos haber tomado una actitud muy distinta de la que hemos tenido en esta gran cuestión, si la funesta y desastrosa política del gabinete no hubiera contrariado los deseos y las simpatías de los españoles.

Aunque siempre sea tiempo de recordar tan lamentable proceder, para dirigir á los ministros los justos y severos cargos de que se han hecho dignos, no lo es ya de aconsejar la conducta que

debió seguirse cuando se estaba en ocasión de impedir sucesos que ya se han realizado, y que difícilmente se podrán modificar: habiendo sido Víctor Manuel el porta-estandarte de la Italia en su lucha contra la dominación extranjera, y no habiendo los demás monarcas de la península secundado el gran movimiento nacional de 1859, no podía menos de suceder lo que hemos visto; es decir, que la dinastía piemontesa llegase á someter á su cetro toda Italia.

Este hecho importantísimo, no solo ha sido sancionado por la victoria y por el voto de los pueblos de la Península, sino que ha merecido el reconocimiento de las grandes potencias de Europa, sin excluir aquellas que, como Rusia y Prusia, son calificadas por eufemismo de conservadoras, y que han tenido siempre como representantes del absolutismo y del derecho divino de los reyes.

Cuando llegó á España la noticia, para muchos inesperada, de este grave y significativo acontecimiento, se persuadieron de su error los partidarios de la situación, y sin tener en cuenta los compromisos del gabinete y las solemnes palabras pronunciadas por los ministros en el Parlamento, empezaron á abogar por el inmediato reconocimiento del nuevo reino de Italia, que llegaron á anunciar como cosa resuelta. No sabemos por qué motivo ocurrió entonces lo que con lamentable frecuencia vemos, desde que ejercen el poder los actuales consejeros de la corona; y cuando todo el mundo esperaba ver anunciado oficialmente este acto diplomático, *La Correspondencia* declaró un día competentemente autorizada, que si siquiera se había pensado por el gabinete en reconocer el reino italiano.

Esta noticia era tanto más verosímil, cuanto que constitucionalmente estaba el gobierno imposibilitado de verificar ese reconocimiento, que por otra parte era una necesidad urgentísima, si España no se había de ver condenada al mas absoluto y peligroso aislamiento. El señor ministro de Estado, que pocas veces peca de explícito en sus declaraciones ante las Cortes, lo fué tanto cuando se disintió, en virtud de una interpelación del Sr. Sagasta, la política del gabinete en Italia, que llegó á decir en nombre de sus compañeros estas explícitas y terminantes: «Nosotros no reconocemos nunca las anexiones;» y como es imposible reconocer el reino de Italia sin sancionarlo, esto equivalía á decir que el ministerio estaba decidido á no ver en la constitución de Italia mas que una usurpación y un desconocimiento de los derechos de los antiguos soberanos de la península.

Sin embargo, y para seguir esa política de equilibrio que es tan del gusto de los órganos de la situación y de sus patronos, *La Epoca* y *El Diario Español* hicieron inútiles prodigios de ingenio para desvirtuar las explícitas y terminantes declaraciones del gabinete, y continuaron aduciendo razones muy sólidas para probar que era indispensable reconocer el reino de Italia, y muy especiosas y fútiles para hacer compatible este acto con las doctrinas constitucionales, con la dignidad del gobierno y con la honra política de los ministros, que quedaria muy mal parada con tan chocante contradicción.

Pero el día que llegaron á persuadirse de que el gabinete había abandonado el pensamiento de reconocer á Italia, cediendo á la influencia reaccionaria que le domina, y de que es ciego instrumento, los periódicos antes citados emplearon las mismas razones que habían aducido para aconsejar el inmediato reconocimiento, como motivo

de afieccionado, por casualidad; cuando el cielo está despejado y el aire no agita la luz.

Hubo un momento de silencio.

—Decididamente, exclamó Brand; desear saber si tiene V. talento.

—Y tomó el sombrero.

—Y qué le importa á V.? respondió Daniel con acento fanfarrón.

El otro se echó á reír, y se separaron en la puerta la fonda.

Daniel, luego que se halló solo en su aposento creyó haber vivido diez años en las últimas veinte y cuatro horas. La senda que debía recorrer, veía iluminada ante sí, y comprendía que hasta entonces había caminado á ciegas.

Pero al propio tiempo distinguía los obstáculos, y le parecía que no tendría fuerzas bastantes para vencerlos.

Había una cosa que le sorprendía más que todas las demás, aunque perfectamente clara; que es imposible triunfar sin charlatanería. En su opinión, Busch y Razumof eran una prueba evidente: el uno con sus gafas de oro y el aspecto afable y modesto, se apoderaba de los espíritus sensatos, tímidos, rutinarios. Este era el charlatan clásico.

El otro, con el desesperado ademán de un héroe del byronismo, seducía á las mujeres y á los jóvenes á todos aquellos que rennen á una imaginación exaltada un gusto fatigado. Este era el charlatanismo romántico.

Ambos le parecían hábiles, pero no le gustaba el uno mas que el otro.

—Además, no es charlatan todo el que quiere serlo, pensaba Daniel, mirándose en el espejo. Yo no tengo el físico hecho de encargo de Razumof. Mis cabellos son de color de castaña, y carecen de colorido local. En mi mirada no hay nada de fiabólico, ni aun de angelico. Además, ¿cuál sería mi falta, si me diese por llevar un sombrero figura de pila de azúcar, como Razumof? Y lo peor es que necesitaría mentir; y mentir, no con palabras aisladas, sino con todo un sistema de vida. ¡Tal oficio debe ser muy fatigoso, y tardaria poco en aburrirme!

CAPITULO VIII.

Viena.

Brand había invitado á Daniel á que fuese á visitarle, y el joven decidió dejar pasar algún tiempo

para no demostrar demasiada prisa. Mas al otro día, cuando iba á elegir un piano, encontró al periodista en el almacén de instrumentos de música.

—¿Tocó, y Brand solo ocultó su sorpresa muy difícilmente, y como era hombre estropeado y apasionado, salió de allí convencido de que Razumof era muy poca cosa al lado de Daniel.

—A los pocos momentos tropezó con Razumof.

—Acabo de oír al pequeño Vlady, le dijo, y tiene, cuando menos, tanto talento como V.

Razumof hizo un movimiento nervioso, que llenó de regocijo á su fiel amigo.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Por poco se alarma V.! añadió Brand irónicamente. ¿Es que vuestra grandeza siente la herida? Ese muchacho, no solo es un grande hombre, sino que además es travieso. ¡Cuidado con V. si le deja V. solo para hacerse su carrera! Si yo me hallase en el lugar de V., trataría de hacerme amigo suyo y le lanzaría. Créa V. que Vlady le honraria; y es regular que por gratitud no se burlase de V. En ello solo puede V. ganar; además, si es V. diestro, podrá entretenerle con triunfos de salón, y así no le causará á V. el menor perjuicio. Creo también que es demasiado flemático para ser ambicioso: es un muchacho muy agradable; un hombre de sociedad. Una bonita frase le gusta siempre mas que todos los aplausos del mundo.

Razumof volvió á ver á Daniel en casa de Brand; el gigante se dignó descender de su pedestal y se mostró amable con el recién llegado. Bromeó sobre el incógnito que guardaba, y le ofreció su casa, rogándole que fuese á verle. Hizo mas; pues le ofreció presentarle en muchas casas de la alta aristocracia que Razumof frecuentaba como amigo.

Estos avances sorprendieron á Daniel, pues recordó la fría acogida que le hiciera en el salón del teatro; y naturalmente la atribuyó á los elogios de Brand.

Patrocinado por Razumof y por Brand, con los cuales se le veía siempre, tardó muy poco Daniel en ser objeto de la curiosidad; con tanto mayor motivo, cuanto que al parecer no tenía prisa ninguna por darse á conocer.

—Pasaba el tiempo en hablar y en pasearse por las calles de Viena, y en mirar las tiendas como un simple mortal. Por las noches iba al teatro, donde se divertía, mucho mas que con los actores, con los espectadores.

que sigue siendo dócil instrumento de la reacción, y si se decide á dar su sanción á los hechos consumados, caerá sobre él el mas espantoso y merecido ridículo, y sus individuos serán mirados con el desprecio que merecen los hombres políticos, que faltos de fe obran en cada instante movidos por distintas ideas y obedeciendo al interés esclusivo de su permanencia en el poder.

Nosotros no reconocemos nunca las anexiones, ha dicho el Sr. Calderon Collantes, y si, como creemos, el gabinete, obrando como aconseja á sus individuos el pudor político, no borra con sus actos esta rotunda aseveración, España se verá mas aislada que nunca, considerada por las demás naciones, si no con indiferencia, con odio y con menoscabo, y de esta manera en la crisis que amaga á toda Europa, seremos víctimas de todas las potencias sin poder contar con el auxilio de ninguna, y aun suponiendo que todo marche como hasta aquí, sin grandes trastornos ni perturbaciones profundas, estaremos condenados á la mas vergonzosa impotencia, que es el oprobio mayor que puede caer sobre una gran nación. A tan lamentable estado nos ha conducido la funesta política de los actuales gobernantes, que todavía encuentran, sin embargo, quien la ensalza y sublima como la mas fecunda en bienes para nuestra patria.

Tan apurados andan estos días los periódicos ministeriales, y es tal la escasez de razones que tienen para defender á sus patronos, que son dignos de admiración, aunque no de elogio, los alardes de ingenio que hacen para cumplir su poco grata misión; á esto atribuímos que el primer argumento que alega *La Epoca* en contra del artículo que ayer dedicamos á los petardos, tenga dos columnas y media; cosa que, aunque fuese exacta, nada probaría respecto á las apreciaciones que en él se hacen; además, todo lo que nos pareció oportuno escribir sobre los petardos, no tenía mas objeto que disipar la alarma causada por los larguísimos y numerosos escritos que los periódicos ministeriales han empleado en dar gigantescas y terroríficas proporciones á un asunto que á fuerza de exageraciones se ha puesto en ridículo.

Esto sentido, nos ocuparemos brevemente de las singulares deducciones que hace el periódico ministerial de algunas cosas incidentales que le sirven de asidero, sin duda porque no encuentra en otras fundamentos sólidos á sus réplicas. Hemos dicho, y repetimos, que es una desgracia que sean mas en número las personas tímidas que forman una nación, y para creerlo así, nos fundamos en que no es posible el establecimiento duradero de la libertad política en un pueblo que carezca de aquella virilidad que es necesaria para el ejercicio de los derechos políticos. Una nación compuesta de individuos dispuestos á abdicarlos á la menor ocurrencia en manos del gobierno, no es propia para los gobiernos constitucionales, sino para ser mandada por un déspota; por esto consideramos como una desgracia que los tres siglos de régimen absoluto que han pesado sobre España hayan dejado entre otras reliquias esa timidez que es causa de que prolonguen su existencia los malos gobiernos, que oponen al desarrollo de la civilización y á la grandeza de los pueblos obstáculos mas terribles que los que se derivan de otras causas. Esta opinión no es nuestra, es de todos los publicistas que se han ocupado de la teoría del gobierno representativo, y nuestro colega puede consultar sobre el asunto

## FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

### DANIEL VLADY

#### HISTORIA DE UN MÚSICO.

por Camilo Selden.

—¡Jamás he pensado en eclipsar á nadie, contestó Daniel. No soy aficionado á las puñaladas. V. duda de mi talento, y yo no lo tomo á ofensa. El creerse con tanto talento, no es una razón para tenerlo. V. verá y juzgará, pues estoy pronto á sufrir su examen.

—¡Encantador! exclamó el periodista lo mas irónicamente que pudo. Querido, tiene V. ingenio, mas no por eso deja V. de ser un candidato. No se enoje V.; yo he sido lo mismo. ¡Vaya un modo de mirarme!... ¡Confiese V. que le hago el mismo efecto que le haría el diablo en persona! Yo también he abrigado grandes sentimientos como otro cualquiera. Los grandes sentimientos nacen al par de la barba, y se van con los cabellos. Repito que he sido joven como V.—y al decir esto apuró un vaso de vino de Tokay.—Mire V. esto me recuerda una historia endiablada. Aun no contaba yo veinte años, y estaba locamente enamorado de una actriz de Slakhoé, en el gran ducaado. Lo mas hermoso que ella tenía eran los cabellos y desempeñaba cierto papel en el cual entraba en escena con la cabellera suelta y esparecida; aquel era su gran triunfo.

El gran duque era muy aficionado al teatro. Un día me pareció que la había representado con sobrada frecuencia aquella obra. Tuve un altercado con ella, y le declaré que me oponía á que volviese á desempeñar aquel papel. Ella me manifestó que mi exigencia era irrealizable y que iba á perderla; sin embargo, insistí, y ella volvió á negarse. Refinamos, y nos separamos. El día siguiente vi en el cartel que se anunciaba la misma obra. Estaba enamorado, y me conduje como un colobre. Aquella noche me colaje, como de costumbre en un sillón de orquesta. Cuando ella apareció en la escena, me buscé con su mirada... y oí un gran murmullo. Querido mio, la pobrecilla desempeñaba su papel con cabellos postizos; por complacerme se había cortado los suyos.

Brand así la botella de vino de Tokay, y se llenó el vaso por segunda vez; su semblante recobró al momento la irónica expresión que le era habitual.

—Y el gran duque? preguntó Daniel.

—S. A. supo muy pronto la anécdota. Yo había intentado fundar un periódico y decidí ponerle un nombre. Yo me vengué fulminando un artículo contra las pelucas, y el gran duque usaba un tupé. La alusión, aunque delicada, no por eso era menos transparente, y esto merecía un castigo. El día siguiente se me presentaron dos gendarmes, los cuales me escoltaron políticamente hasta la frontera.

—Creo que desde entonces ha ganado mucho, pensó Daniel.

—Y no ha vuelto V. á mezclarse en la política? preguntó. ¡No habéis olvidado aquel secreto de Estado?

—No, por mi fé. Cansé muy pronto el viajar de ese modo á costa del gobierno. ¡Son de tan mala índole esos gendarmes!... Los comediantes son mucho mas divertidos: sería dable burlarse de ellos sin los gendarmes, pues comprenden la burla.

Daniel hizo un movimiento, y el periodista lo notó.

—Yo soy uno, dijo; V. no lo es aun; pero la puerta está abierta y entrará V. cuando le plazca.

—Dígame de hombre, pensó Daniel: es honrado á su manera. Si tratase de robarme, creo que empezaría por advertirme.

—Con franqueza, dijo Brand; ¿ cree V. que mi oficio sea divertido? ¿Sospecha V. siquiera lo que es un periodista, aquí, en un país en que el ingenio se considera como nocivo, donde no se lee el periódico hasta después de comer, como medio de conciliar el sueño?

—¡Luego un hombre de ingenio, exclamó Daniel, es considerado en Alemania como un monstruo?

—Sí, si es alemán. Es exactamente la fábula de *La Zorra y las uvas*. V. sabe el francés, y debe conocer las obras de La Fontaine. ¡Aquí, á falta de ingenio, se presume de ser serio, profundo, sustancial! Se come coliflor hervida, y se medita sobre la filosofía de M. Schopenhauer. ¡Desdichados los que se rien! Se les llama agitadores, y se les desprecia. ¿Qué quiere V.? Los osos no quieren á los monjes.

La profunda amargura con que Brand se expresaba acerca de sus compatriotas chocó á Daniel.

—¿Amará á su país? pensó; Mas ¿por qué no? Tal vez lo aprecia como aprecio ya la música, á guisa

La sociedad supo muy pronto que había llegado á Viena un artista de talento. La princesa Scyllo, dama valaca muy rica, estaba reputada como protectora de los artistas, lo cual le valía el ser tenida por mujer de talento.

Daniel le había gustado; quiso conocer á aquel lindó joven, y rogó á Razumof que se lo presentase. S. Daniel llegaba á ser célebre, sería un honor el haberle hecho debutar en su casa.

La princesa, mujer tan mediana como puede serlo una persona bien acomodada, tenía maneras muy agradables por su originalidad, aunque realmente fuesen algo estudiadas. Recibía á los artistas sin ceremonias y bajo cierto plé de igualdad.

Este indicio de bondad en tan gran señora, no tenía nada de desagradable, pues los modales de la princesa eran muy distinguidos, y sabía conservar siempre su aspecto de mujer de sociedad.

Aquella noche había muy poca gente. La conversación fue, como siempre, frívola, pero alegre, rápida, casi íntima. Nada mas grato que esta clase de conversación: el amor propio queda satisfecho, porque es un lenguaje á parte, usado solo por algunos.

Daniel, al cabo de media hora se sintió allí tan á gusto como no lo había estado en su vida. La princesa le había dirigido una ó dos de esas frases, que bien aplicadas suenan dulcemente en el oído como es la limonada para el paladar.

Además, las cosas exteriores estaban en analogía con aquellas dulces impresiones, algo amortiguadas, como las ideas que bullían en la conversación.

Hacia calor, y las altas ventanas estaban abiertas. El perfume de los naranjos en flor penetraba por aquellas ventanas. La luna plateaba los alrededores: sus rayos penetraban en el oscuro salón, y deslizándose sobre la seda se apagaban á medias y su mate palidez se perdía en las pesadas colgaduras como en una caverna.

Rogaron á Daniel que se sentase al piano; era la primera vez que gozaba el dulce placer de tocar en una reunión íntima, compuesta de personas de buen gusto.

Tocó, pues, con abandono, y alcanzó uno de esos triunfos de sociedad, tan gratos á las almas delicadas. Aquella noche le pareció delicioso. Sentíase en esa disposición de ánimo en que nada se desea; estado rarísimo en el que el alma y los sentidos armonizan perfectamente.

(Se continuará.)

la última obra de M. Stuart Mill, autor que ha citado en varias ocasiones, y que por lo tanto suponemos que le es muy familiar y conocido. No merece la pena de rectificarse la suposición gratuita que hace La Epoca...

como suele decirse, su cuarto a espadas, y ayer, no sabemos si con autorización competente ó sin ella, se hace cargo de las consideraciones que nos sugirió el anuncio de la venida posible del Padre Santo a España. Desearíamos sinceramente que las palabras de La Correspondencia...

esta razón no podemos saber si un escritor que juzga a nuestra patria tan favorablemente como dice La Correspondencia, da á luz disparates políticos que delbamos condenar. Tampoco nos es posible adivinar lo que significa la frase mercado político-literario que usa La Correspondencia al tratar de L'Espagne Contemporaine...

nistros durante el viaje de SS. MM. El duque de Tetuan acompañará á la corte en las provincias de Granada y Murcia, el marqués de la Vega de Armijo en las de Córdoba, Sevilla y Cádiz, y el general Zavala en los puertos de mar. Sea muy enhorabuena. El sábado, á las seis de la tarde, regresarán á Madrid SS. MM. y AA. Anoche fué recogido el número de La Esperanza...

instante; nuestra consecuencia es probada por una no interrumpida serie de hechos, que nos dan el derecho de hablar muy alto con el razonable y no modesta pretensión de que se atiendan nuestras palabras; dándonos el valor real y efectivo que tienen. Las correspondencias que no solo nosotros recibimos de Méjico y de París, sino las que dirigen á nuestros estimables colegas, están contestes en que la conducta observada por el general Prim y por el gobierno español en los asuntos de Méjico, ha sepultado para siempre la legítima influencia de España en aquellos pueblos...



